

## **LA CRISIS DEL COMUNISMO: LA PARADOJA DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA\***

**Zbigniew Brzezinski\*\***

En este artículo, el autor examina la crisis que se está comenzando a desarrollar dentro de algunos regímenes comunistas en relación al problema de la participación política. Los gobernantes de los tres países estudiados —la Unión Soviética, China y Polonia— enfrentan el mismo dilema: necesitan avanzar a una nueva etapa de desarrollo económico, lo que sólo puede lograrse a través del compromiso de los ciudadanos con las nuevas metas de la sociedad; pero para que se produzca tal compromiso de manera efectiva, se debe permitir a la ciudadanía una mayor participación política. Sin embargo, la verdadera participación es incompatible con la organización rígidamente elitista de un partido de tipo leninista. En consecuencia, se requeriría un cambio profundo en la naturaleza del partido comunista, o su desaparición. En definitiva, la incapacidad para resolver el conflicto de la participación podría llegar a constituir la ruina del comunismo.

En el contexto de la nueva competencia científico-tecnológica con el Occidente desarrollado es donde me gustaría plantear el asunto clave que todo partido comunista imperante deberá considerar en los años que restan del siglo veinte: el problema de la participación política.

En primer lugar, quisiera exponer los motivos fundamentales que impulsan a los gobiernos comunistas a centrarse en la necesidad de comprometer a la ciudadanía en las dimensiones políticas, económicas y sociales de la vida

\* Comentario presentado por el autor en el foro sobre Liderazgo Internacional, Estambul, Turquía, a fines de 1987.

\*\* Profesor de Gobierno en la Universidad de Columbia y Consejero del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown. Se desempeñó como asesor de seguridad nacional del Presidente Cárter entre los años 1977 y 1981.

nacional. Enseguida quisiera examinar la forma que tres Estados comunistas -la Unión Soviética, China y Polonia— han escogido para abordar este dilema y los problemas que han surgido de cada uno de los enfoques. Y para concluir esta exposición, desearía formular algunas observaciones acerca de las perspectivas para resolver la emergente crisis del comunismo.

El problema de la participación es de naturaleza paradójal. Por "participación", entendemos la participación *real*, esto es, participación en la toma de decisiones nacionales y locales, que son de importancia para el ciudadano. En sus orígenes, la ideología y el movimiento político del comunismo representaban un intento de crear una base para una *participación más completa* tanto en el sistema social como en el sistema político de comienzos de la era industrial. Sin embargo, cuando sus proponentes han conseguido tomar el poder del Estado, el comunismo se ha convertido en un sistema institucionalizado *no participativo*, altamente reglamentado, disciplinado y burocratizado. Más aún, ha sido muy difícil para los Estados comunistas salirse de este molde. Ninguno ha sido *capaz* de transformarse por sí mismo, pasando de un sistema en que una élite ejerce desde arriba un control sobre la sociedad a otro en el que la sociedad participe en la configuración de su futuro desde la base, ejercitando sin dirección su capacidad de elegir, y con libertad de información.

La idea original del comunismo fue de naturaleza esencialmente utópica. Requería que la clase trabajadora se gobernara a sí misma. El leninismo sobrepuso luego el partido como una fórmula política para que una élite controlara, primero, el movimiento de los trabajadores y después el gobierno revolucionario de trabajadores y campesinos. El estalinismo, a su vez, institucionalizó la supremacía del partido mediante la *nomenklatura*, creando así el mecanismo de control jerárquico, que ha llegado a ser conocido como comunismo totalitario del siglo veinte. Sin embargo, si bien los partidos comunistas gobernantes han logrado controlar la sociedad, no han conseguido movilizarla para alcanzar los objetivos deseados.

Allí radica el problema contemporáneo de la participación en los regímenes comunistas. El marxismo-leninismo-estalinismo ha probado su capacidad de movilizar a la sociedad en procura de una rápida industrialización, aun cuando los datos comparativos muestran que los países no comunistas han sido capaces de lograr tasas superiores de crecimiento.

to y un nivel de vida más alto, incurriendo en costos sociales mucho más bajos. No obstante, es indesmentible que la industrialización rápida fue lograda mediante una movilización de tipo estalinista. La verdadera falla del sistema comunista, sin embargo, radica en su incapacidad para trascender la etapa de la industrialización y pasar de la era industrial a la estructura postindustrial.

Debemos reconocer que esta transformación conferirá una nueva forma al mundo, tal como ocurrió con la industrialización. Esto involucra tres revoluciones interrelacionadas: una revolución política, una revolución social y una revolución económica. Cada una de estas revoluciones es independiente de las otras, pero al mismo tiempo alimenta a las demás. El éxito de un país, en los años que restan de este siglo, y posteriormente, dependerá de la habilidad con que cada nación maneje esas fuerzas revolucionarias.

La revolución política está inspirada en la idea de democracia. Los derechos humanos, el autogobierno y el pluralismo, se han convertido en aspiraciones universales de la humanidad. Esto fue evidente en España y Portugal, países en los que los regímenes fascistas de partido único fracasaron en perpetuarse a sí mismos. Lo mismo ocurre en América Latina, donde ha tenido lugar una proliferación de gobiernos democráticos en los últimos diez años; y en el Lejano Oriente, donde el pueblo filipino expulsó a un dictador, y donde se han levantado exitosas presiones para lograr un orden más democrático en Corea del Sur. No es una exageración, entonces, afirmar que los derechos humanos y la libertad individual se han convertido en un fenómeno históricamente inevitable en nuestros tiempos.

La revolución social se ha suscitado por la aparición de nuevas técnicas de comunicación y por el procesamiento de la información. Los avances de la computación y en las tecnologías de las comunicaciones han transformado la manera en que los individuos interactúan en la sociedad moderna y, en general, tienden a limitar la capacidad de un Estado centralizado para controlar el flujo de la información mediante la censura dogmática. Estas nuevas tecnologías también han abierto el camino para un vasto incremento de la productividad social y, con el tiempo, tendrán el efecto de aumentar la brecha entre las sociedades que se adaptan a las nuevas circunstancias y aquellas que no lo hacen.

La revolución económica involucra la globalización de la actividad económica. La autarquía, incluso en las economías más grandes del mundo, es un impedimento para su

eficacia. Un país que busca desarrollarse aislándose en sí mismo, probablemente se quedará a la zaga del desarrollo. Las historias de gran éxito económico nacional de los últimos diez años -Japón, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur- se basaron en la capitalización del crecimiento del comercio mundial. En las próximas décadas, la explotación plena del potencial del mercado mundial será una condición para mantener la prosperidad nacional, pero ello significa ser sensible al mercado global y, consecuentemente, tener flexibilidad y audacia para la rápida y adecuada toma de decisiones económicas.

Puede esperarse que los países líderes en lo económico en los años venideros sean aquellos cuyos sistemas políticos, sociales y económicos maximicen la innovación individual y colectiva. Para ello es necesario que los individuos estén comprometidos -esto es que participen- en el sistema. Por lo tanto, sólo quedan los incentivos como medio para inducir a los ciudadanos de los países comunistas a participar; pero los regímenes comunistas han sido extraordinariamente incapaces de proporcionar y estructurar tales incentivos.

En su enfrentamiento de la crisis del comunismo, la Unión Soviética, China y Polonia tienen un punto de partida común: la herencia del marxismo-leninismo-estalinismo. En el ámbito político ello supone el control gubernamental exclusivo del partido comunista, caracterizado por el centralismo democrático, la prohibición de la comunicación horizontal y la imposición de un control estricto sobre los miembros del partido, ejercido por la élite máxima. En el ámbito económico, significa el control estatal de todos los recursos productivos, con distribución basada en la planificación central y con un mecanismo de precios que ejerce influencia mínima en las decisiones económicas. En el ámbito social, ello supone una vida cultural e intelectual dirigida por el Estado, y la prohibición estricta de que existan las organizaciones sociales independientes.

En la Unión Soviética las tres iniciativas de Mikhail Gorbachev -la apertura, la democratización y la reestructuración económica- representan un esfuerzo para enfrentar el problema de la participación. En un discurso reciente dirigido a los gremios de trabajadores soviéticos, Gorbachev señaló: "Mientras más democracia tengamos, más rápidamente avanzaremos por el camino de la reestructuración y de la renovación socialista, y habrá más orden y disciplina... El problema hoy es el siguiente: O tenemos democratización

o bien tenemos inercia social y conservadurismo. No hay otra alternativa. (TASS, 2 de febrero de 1987). Por lo menos debe reconocérsele a Gorbachev haber detectado el problema clave.

Sin embargo, por la estructura del sistema soviético, las soluciones son más difíciles de identificar. En el frente político, debido a que Gorbachev nunca ha dudado de la importancia del control total del partido, ha intentado encontrar un medio para dinamizar más el partido comunista y vencer su obstinada burocracia. El ha utilizado su campaña de la *glasnost* para remover a sus adversarios políticos, para crear más participación en los niveles más bajos del partido y para estimular un mayor grado de motivación individual. Sin embargo, no debemos sobreestimar la importancia de la *glasnost* de Gorbachev. Michel Tatu señaló, en forma muy pertinente, que la concentración de esa campaña en los ámbitos de la cultura y la información revela su debilidad y fragilidad. Tatu señaló que "Ese no es un signo de fuerza de un líder, porque si éste fuera muy fuerte haría grandes cosas dentro del aparato oficial". (*Soviet-Eastern Europe Report*, 10 de junio de 1987).

En Moscú circula un chiste que capta en forma humorística la esencia de la campaña de la *glasnost*. Un hombre va al doctor y le dice: "Doctor, tengo un problema, pero necesito dos especialistas: uno para los oídos, nariz y garganta, y otro para los ojos". Llegan los especialistas y le preguntan al hombre qué siente. El responde, "Señores, espero con ansias que ustedes me puedan ayudar; mi estado es alarmante; no veo lo que oigo".

El hecho es que la retórica reformista no es similar a un programa concreto de reformas. En el frente económico, hasta ahora, Gorbachev ha anunciado reformas que apartan un poco al país de la planificación central, particularmente en lo que se refiere al comercio exterior; sin embargo, para esas reformas aún no se fomenta de ninguna manera una fijación de precios amplia sobre la base del mercado o la distribución de recursos. La planificación centralizada continuará determinando las cuotas de producción nacional, pero los administradores de las fábricas tendrán un campo más amplio para determinar su producción y para comercializar sus productos. Gorbachev no ha intentado cambiar el sistema, sino racionalizarlo, tomando como modelo a Alemania Oriental, no a Hungría ni a China.

Por lo tanto, es demasiado pronto para saber qué tan profunda es la reforma de la economía soviética que procura

realizar Gorbachev. ¿Se abandonará la agricultura colectiva? Nosotros no tenemos la respuesta para la pregunta clave: ¿Cuán sistémica es a los ojos de los líderes del Kremlin la crisis económica interna? En relación con esto cabe preguntarse qué tan extensa es la *revolución cultural* que los líderes soviéticos se disponen a fomentar tanto dentro de la fuerza laboral como dentro de la administración soviética. Después de setenta años de sistema soviético, ni los trabajadores ni los administradores soviéticos se sienten automotivados o predispuestos a correr riesgos. Los hábitos de trabajo inculcados acentúan el conformismo, la negligencia, la seguridad burocrática y los privilegios disimulados. La verdad es que ¡los rusos soviéticos no son prusianos comunistas!

Además, existe una enorme separación entre la descentralización económica desde arriba y la participación económica desde la base, entre la dispersión económica y la participación política. Probablemente, la mayor preocupación de los líderes soviéticos en los años venideros será determinar la línea divisoria entre la primera y la segunda. Esto no se debe sólo a la naturaleza conservadora de la burocracia. La causa más importante es el carácter multinacional del gran imperio ruso actual. La Unión Soviética es el último imperio multinacional que sobrevive en el mundo. Los habitantes de la Gran Rusia dominan a una docena de naciones importantes y a una gran cantidad de naciones menores. Esa diversidad nacional representa, a la larga, el talón de Aquiles del sistema. Un programa de reformas para una genuina participación -que involucre una dispersión del poder central- podría degenerar fácilmente en un conflicto nacional generalizado entre la Gran Rusia y las naciones no rusas de la Unión Soviética.

Más aún, se debe prever que las reformas iniciales de Gorbachev podrían provocar una considerable confusión y alzas, casi inevitables, de los precios al consumidor. Por lo tanto, lo más probable es que se produzca un descenso en el nivel de vida, y eso podría desatar un descontento peligroso. A medida que los ciudadanos soviéticos se vayan acostumbrando a un aumento aún modesto de la participación se atreverán a expresar su insatisfacción. No debería sorprender que en esa etapa hubiese manifestaciones públicas de inquietud estudiantil, marchas de protesta de dueñas de casa e incluso huelgas en las fábricas. La prueba de laboratorio consistirá en observar la reacción de los líderes soviéticos ante esas formas sin precedentes de participación desde la base.

En China, las reformas de Deng Xiaoping han tenido como principal objetivo la descentralización económica. El gobernante ha desarticulado la agricultura colectiva y ha introducido otras reformas que, una vez completadas, permitirán en el año 2000 que entre el 65 y 70% de la producción deje de estar controlada por el Estado. Eso generará utilidades, no flexibilidad política, pero es lo que constituye la prueba del manejo económico. Estas reformas no son superficiales, sino de importantes consecuencias. Ellas cambian la forma en que funciona el sistema, pues alteran el lugar y el método de toma de decisiones.

El dilema de fondo es si la reforma económica generará presiones tan fuertes que obliguen a una reforma política. En la reciente manifestación pública de los estudiantes por una mayor democracia, quedó de manifiesto que esos dos factores están unidos. Fang Lizhi, el líder intelectual del movimiento estudiantil de Shanghai, se refirió al tema en un discurso pronunciado antes de ser expulsado del partido comunista, en el que expresó: "el socialismo está en decadencia. No se puede eludir el hecho de que después de la Segunda Guerra Mundial ningún Estado socialista ha tenido éxito, ni tampoco lo tiene nuestro experimento socialista de más de treinta años". Luego añadió: "pienso que el primer paso hacia la democratización debería ser el reconocimiento de los derechos humanos". (*China Spring Digest*, marzo-abril de 1987).

Era inevitable que se planteara el problema de la reforma política, especialmente porque el propio partido comunista ha atenuado de manera manifiesta la importancia del dogma marxista. El lema de Deng Xiaoping, que llama a China a "buscar la verdad en los hechos", pone en duda la noción del dogma ideológico mismo. El que surjan desafíos políticos de algún tipo contra la función rectora del partido es cuestión de tiempo. Si la verdad se encuentra al examinar los hechos, cualquiera puede deducir la verdad, de lo que, sin duda, surgirán interpretaciones divergentes de los hechos. Si no existe una sola verdad y si otros, además del partido, pueden adivinarla, no hay razón para que el partido ejerza un régimen dictatorial.

El año pasado, discutí el asunto de la reforma política con Hu Yaobang, varios meses antes de las protestas estudiantiles que ocasionaron su destitución. El me manifestó, en una conversación que duró cinco horas, que el programa de reformas estaba muy lejos de llegar a su término, y que las reformas futuras incluirían la reestructuración del siste-

ma político chino. Señaló que las discusiones preliminares sobre ese tema habían tenido lugar dentro del Politburó y que un documento del partido sobre esa materia sería terminado en 1987. Explicó que la naturaleza fundamental del partido no cambiaría, y que éste conservaría el liderazgo central de China. Agregó que la burocracia del partido central se modernizaría, que habría considerables reformas en la relación entre subordinados y superiores dentro del partido, y que a los otros partidos políticos chinos -los denominados "partidos democráticos"- se les concedería mayor autonomía.

Pero los líderes del partido chino son claramente reacios a dar este paso gigantesco que va desde la descentralización económica hasta la política. Si algo manifiesto ha habido en los últimos meses, ha sido la tendencia opuesta. Varios líderes políticos claves de China se han mostrado alarmados de que la descentralización económica se extienda al terreno político, creando lo que podría denominarse un sistema político más liberalizado. Ellos han sido bastante explícitos en sus denuncias. De allí que Hu Yaobang haya sido destituido del poder. Reflejando la inquietud de la élite dirigente, Hu Sheng, presidente de la Academia de Ciencias Sociales, señaló que, "algunas personas han utilizado la política abierta y la situación de permitir 'que compitan cien escuelas', para predicar el liberalismo burgués, para refutar el socialismo, para abogar por la occidentalización total, y atacar el liderazgo del partido". (*The New York Times*, 17 de enero de 1987).

Lo más probable es que el elemento catalizador para el futuro político de la China sea la lucha por la sucesión después de Deng Xiaoping. Dada la magnitud de la población china, es lógico esperar un conflicto prolongado entre los imperativos políticos del sistema comunista y las exigencias económicas del programa de modernización. Mi esperanza es que la segunda finalmente prevalezca sobre lo primero, pero sólo después de que la política interna zigzaguee un poco y se produzcan intensos conflictos a nivel político.

En Polonia, el comunismo se ha quebrantado en lo esencial. Formalmente el partido comunista aún gobierna el país; pero en realidad es una camarilla de policías y militares la que retiene el poder en nombre del partido; la Iglesia es una fuerza importante, y los líderes de Solidaridad se han convertido en un grupo organizado, aunque no oficial, de oposición política.

Lo importante, en este caso, es que la sociedad polaca se ha autoemancipado en el verdadero sentido de la palabra.



El partido comunista no ha sido capaz de retener su monopolio sobre la organización social, y ha tenido que acomodarse a las presiones surgidas en la base, hasta un grado sin precedentes. En viaje por Polonia durante el mes pasado, quedé realmente impresionado por la forma en que la oposición funciona como una instancia paralela de liderazgo social. Su prensa clandestina publica cientos de periódicos, los que se distribuyen en forma amplia y se pueden obtener con facilidad. Incluso han conseguido romper el monopolio del Estado sobre los medios electrónicos de comunicación, mediante el uso de grabadoras de video-cassette. Cada vez que llegaba a una entrevista con personalidades de la oposición, me rodeaba una gran cantidad de cámaras de video, y para qué hablar de las grabadoras. Si bien las libertades no son tan amplias como cuando el movimiento Solidaridad estuvo en su apogeo, no debería restarse importancia al hecho de que la oposición al régimen comunista se siente tan confiada de tal situación, que sus miembros pueden aparecer fotografiados en *sus propios* medios de comunicación.

También me impresionó el grado en que se ha perdido confianza en el régimen comunista polaco. Como resultado del mal manejo de la economía por parte del Estado, Polonia es un desastre desde el punto de vista económico, y los líderes comunistas lo saben. Incluso para comenzar el proceso de renovación económica, el Estado necesita comprometer al conglomerado social, es decir, persuadir a la gente para que participe en el proceso. Sin embargo, desde que se impuso la ley marcial, la sociedad polaca ha adoptado, fundamentalmente, la estrategia de la resistencia pasiva. Para vencer esa inercia voluntaria, todos los líderes comunistas polacos con los que me entrevisté aceptaron el hecho de que necesitaban comprometer o cooptar de alguna manera a los líderes de la oposición. Pero existen grandes trabas políticas para llevar a cabo esos ajustes. El gobierno pide que la oposición actúe en organismos gubernamentales, como los sindicatos oficiales de trabajadores o la nueva comisión asesora, pero la oposición no se ha dejado seducir para ocupar esa posición subordinada.

Al parecer, existen básicamente tres proyectos para el comunismo en Polonia, en que el elemento catalizador del cambio está constituido por la profunda crisis económica del país y la necesidad de obtener créditos de Occidente. La primera es la continuación del actual estancamiento político con el riesgo creciente de que a la larga se produzca una explosión desde la base. La segunda posibilidad es un retorno

Marxismo-Leninismo-Estalinismo	Unión Soviética	China	Polonia
<p>Control total del partido.</p> <p>Disciplina del partido centralizada.</p> <p>Prohibición de la comunicación horizontal.</p> <p>Nomenklatura</p>	<p>Esfuerzos para agilizar la burocracia del partido.</p> <p>Experimentos mínimos con elecciones de múltiples candidatos de nivel inferior.</p>	<p>Disolución oficial del dogma marxista.</p> <p>El partido recluta a personas con experiencia técnica.</p> <p>Experimentos con la opción electoral municipal.</p>	<p>Simbiosis entre los militares y el partido.</p> <p>La Iglesia representa una fuerza política.</p> <p>El liderazgo de Solidaridad actúa en forma organizada, pero es una oposición no oficial que está excluida de la política de participación.</p>
<p>Participación política</p>	<p>El Estado es dueño de los recursos productivos.</p> <p>Agricultura colectivista.</p> <p>Economía centralizada.</p> <p>El mecanismo de precios no juega ningún papel.</p>	<p>Disminución de la planificación central.</p> <p>Descolectivización de la agricultura.</p> <p>Amplia influencia del mecanismo de precios.</p> <p>Integración de la economía al mundo capitalista.</p>	<p>Propiedad privada de la tierra.</p> <p>Los sindicatos locales de trabajadores, que a menudo están vigentes a través de los antiguos miembros de Solidaridad, ejercen su influencia en algunas industrias.</p>
<p>Participación económica</p>			

<p>Las organizaciones sociales independientes están prohibidas. Vida intelectual y cultural dirigida por el Estado. Participación social</p>	<p>Mayor apertura con respecto a los problemas que existen dentro de la Unión Soviética. Más libertad cultural y artística.</p>	<p>Consumismo naciente. Más libertad cultural e intelectual, pero se suprime el "liberalismo burgués".</p>	<p>Autoemancipación de la sociedad. El monopolio del partido sobre la organización independiente ya no existe. La prensa clandestina es efectivamente libre. La vida cultural e intelectual es independiente</p>
<p>Participación social</p>	<p>Alcance y puesta en marcha de un programa de reforma.</p>	<p>Equilibrio entre la reforma económica y la reforma política.</p>	<p>Interacción entre la recuperación económica, la austeridad social y la participación política.</p>
<p>Problema clave</p>	<p>Atraso de las reformas. Inquietud nacional que conduce a una reversión de las reformas</p>	<p>Disminución de la política. Descentralización política.</p>	<p>Estancamiento político que arriesga una explosión política. Represión progresiva. Coparticipación formalizada,</p>
<p>Proyectos de alternativas</p>	<p>Reforma sistemática.</p>	<p>Choque entre los imperativos políticos e imperativos económicos.</p>	<p>Coparticipación formalizada, Profunda crisis económica Y no disponibilidad de ayuda de Occidente.</p>
<p>Elementos catalizadores</p>	<p>Una caída del nivel de vida que provoca activación y polarización política.</p>	<p>La lucha por la sucesión a los debates del programa.</p>	<p>Profunda crisis económica Y no disponibilidad de ayuda de Occidente.</p>

Fuente: "La crisis del comunismo: la paradoja de la participación política", Zbigniew Brzezinski, Foro sobre Liderazgo Internacional, Estambul, Turquía, junio 30, 1987.

progresivo a la represión, orientada hacia una renovación del control y de la administración central. La tercera es una transformación continuada de la estructura sociopolítica, que tal vez lleve eventualmente a una coparticipación formalizada, e incluso, en el largo plazo, a un sistema que por razones geopolíticas, siga siendo comunista sólo de nombre.

El problema de fondo es que la verdadera participación es incompatible con el régimen de un partido de tipo leninista. En Polonia ese tipo de partido ya no ejerce el monopolio del poder, pero no ha sido reemplazado por un nuevo sistema de participación abierta. Actualmente, existe una situación de estancamiento inestable. En la Unión Soviética, el experimento político se limita al nivel político-social más bajo, si bien para que las actuales reformas económicas sean verdaderamente exitosas se requiere un cambio monumental en la cultura y en los hábitos de trabajo de la fuerza laboral como de la administración. En China, la descentralización económica está en conflicto agudo con la continuada centralización política, aun cuando la cultura comercial china favorece la progresiva emancipación del sector económico.

En conclusión, lo que tienen en común esos tres países es que sus sistemas de tipo comunista están enfrentando grandes dificultades para evolucionar más allá de la etapa de desarrollo relacionada con la industrialización rápida. Hasta ahora ninguno ha logrado resolver los problemas de la participación. El meollo del problema está en la idea de un partido elitista, que tiene una concepción dogmática de la verdad. El gobierno de tal partido resulta simplemente incompatible con la noción de participación social genuinamente espontánea en los campos político, económico y social, de una sociedad más moderna y compleja. Mientras no se produzca un cambio en la naturaleza del partido, o el partido desaparezca, el tema de la participación continuará siendo una fuente de conflictos dentro del partido y entre el partido y la sociedad.

Por último, la incapacidad para resolver esas divergencias y para generar las bases para una participación genuina podrían ser la ruina del comunismo moderno. Existe considerable evidencia para avalar la creencia de que el comunismo moderno se está convirtiendo en un sistema cada vez más estéril, y que la sociedad considera que el partido gobernante es, en general, el principal obstáculo para su progreso y bienestar.

Si se está en lo cierto en afirmar que la búsqueda de una participación política verdadera es el actual imperativo universal, también es correcto suponer que se aproxima la desaparición histórica del sistema comunista de movilización social y de no participación política. De hecho, la sensación que experimenta una gran cantidad de individuos en el mundo comunista evoca, en muchos aspectos, la que se observaba en los Estados capitalistas hace unas seis décadas, en la época de la gran depresión: se percibe que hay un defecto fatal en el sistema mismo. Ese defecto se llama partido comunista.